



estaban sus miembros, la escuela continuó sin embargo, y numerosos discípulos fueron la gloria del fundador. Se admiró á Empedocles, que rehusaba la corona de Agrigento y fijaba todas las miradas en los juegos olímpicos; á Epicarmo, Oceló, Timeo, Arquitas, el atrevido mecánico, á Filolao, el primero que hizo mover la tierra del centro del universo; á Eudoxio, médico, astrónomo, geómetra y legislador, y despues á muchas mujeres de un extraordinario saber y de una gran profundidad. Todos perpetuaron, modificándolas sin embargo, y frecuentemente en sentido del error, las lecciones de su maestro, á quien la posteridad helénica concedió los honores divinos despues de su muerte.

A la ruina de la escuela de Pitágoras contribuyó otra causa además de la persecucion; era una importacion oriental y fundada como estaba sobre la razon solamente, no podia vivir con la independencia del genio occidental. La fórmula *autos efe, el maestro lo ha dicho*, no puede convenir á este genio. Quiere la libertad de pensarlo todo, decirlo todo, y va á tomar esta licencia con la escuela de Tales, si puede llamarse escuela la série de filósofos cuyos nombres inscribió la Jonia despues de él.

Una escuela supone una enseñanza recibida y perpetuada, y todos en esta sucesion se sujetaron á la voz del maestro. Así, por ejemplo, Anaximandro, el amigo, el discípulo del sábio de Mileto, no quiso jamás admitir el agua como principio del universo; le substituyó por una sustancia material, que es una especie de infinito, inmutable en su totalidad y mudable en sus partes. Anaximenes, á su vez, volvió á un elemento primordial, y su principio fué el aire, siempre en vida y en movimiento, que creó los dioses (1).

Las dos primeras escuelas griegas estaban fundadas: filosofía enteramente contemplativa oriental, en Italia; filosofía enteramente física y material, en Jonia. Estas dos sectas eran el preludio de un sinnúmero de otras. La liza está ahora abierta; el espíritu del Occidente se lanza en su camino de independencia, y sacu-

(1) Plutarco, *de plac. philos.*; Diog. Laert.; Ciceron, *Academie*; Riambourg, *Escuela de Atenas*.

dirá el yugo de estas doctrinas fáciles. Los pitagóricos mismos le innovarán. Jenofanes funda la escuela de *Elea*. A sus ojos no hay más que un solo ser en la naturaleza; nada se engendra en ella ni perece, y nuestra alma engañada por las apariencias flota de ilusion en ilusion. Parménides siguió su idea; pero Dios, este sér inmutable y único, sólo real, es para él la esfera de luz y de fuego que abraza el universo. Espíritu sutil é infatigable razonador, Zenon se perdió más adelante que sus maestros, y á través de los subterfugios de su capciosa dialéctica, llegó á sostener que *«no existe nada»*. En las Indias Patandjali habia dicho tambien: *«Nada existe»*; los dos mundos se encontraban. El espíritu humano corre en un mismo círculo de errores (1).

La abstraccion de Zenon horrorizó á Leucipo, y cayó en la filosofía natural. Su discípulo Demócrito, indiferente y pacífico, estudió la materia, y vivió en una alegre tranquilidad. Pitágoras, que heredó sus ideas, pagó por todos, y fué desterrado del Atica como culpable de ateísmo.

Demócrito tomaba la vida con buen humor; Heráclito no vió otra cosa que los tristes aspectos de ella: triste y lúgubre, se retiró á las montañas de la Jonia, no viviendo más que de yerbas salvajes, y en sus meditaciones aumentaba su odio contra el género humano. «Es necesario ser tan hábil como un buzo de Delos para no ahogarse en sus confusas obras,» como decia Sócrates.

Todos estos ensayos no eran felices, y que Dios fuese el mundo animado, ó que el principio de la naturaleza estuviese en la materia, esto no era despues de todo más que una locura análoga.

Un paso más que se dió por el filósofo Anaxágoras de Atenas. Este grande hombre reconoció dos principios distintos: la materia eterna y confusa; «el espíritu» eterno y organizador; el segundo domina al otro: esto era un progreso hácia la verdad. Este progreso conducía á la verdad de Dios; Anaximandro le pa-

(1) Plutarco, *op. cit.*, Ciceron; *op. cit.*, Riambourg, *op. cit.*





gó con su libertad; acusado «de impiedad,» no pudo ser sustraído de la venganza del politeísmo, aun por la elocuencia de Pericles, y no cambió su prision sino á costa de su perpétuo destierro.

Pero en último resultado, ¿qué era todo esto? Desde Zoroastro hasta Anaxágoras, desde Kong-Tseu hasta Demócrito, ¿qué eran todos estos personajes que se dicen inspirados del cielo ó que no buscan más apoyo que los auxilios de su razon? ¿Qué hacían sobre todo por el bien de la humanidad? Desfigurando las nociones recibidas del Oriente, y en su envidioso orgullo sometiéndolas á la trasformacion de su espíritu, unos habían vanamente intentado recordar algunas tradiciones de los antiguos días; ¡dichosa todavía la humanidad si había ganado con todos, como con Lao-Tseu y Zoroastro, el conservar al ménos la esperanza! Todos los demás, principalmente en el Occidente, no habían hecho otra cosa que desviar cada vez más el espíritu de los hombres, haciéndoles perder la creencia en los antiguos reuerdos, y hasta el respeto por la Divinidad ya tan desconocida.

Porque era una compasion ver las ideas que la multitud, pequeños y grandes, se hacían de los dioses, de su poder, de sus atribuciones. Modelo de deshonor y de corrupcion, la asamblea celeste no ofrecía á un pueblo demasiado ávido de esta clase de lecciones más que el ejemplo de los desórdenes, del odio, de todas las pasiones; la tierra tenía que ruborizarse con frecuencia del cielo.

Un último esfuerzo debía, por tanto, intentarse en esta tierra helénica, que había rechazado la voz de Pitágoras; Sócrates apareció, y con él cambió de aspecto la filosofía.

El hombre, mucho más que la naturaleza, ocupó sus meditaciones. «Conócete á tí mismo» era su máxima y su obra. Estudió los deberes más que los derechos, y trató de hacer á sus discípulos buenos y virtuosos, como él mismo lo era. Su pensamiento, elevado y generoso, alimentado por una contemplacion sublime, se elevó hasta la idea de un Dios único, autor y conservador del universo, y enseñó como el fin de la vida humana la «semejanza» á este Dios, «*omoiosios Theo.*»

Por bajo de este Dios, genios inferiores, formados por sus manos, revestidos de una parte de su autoridad, debían recibir un culto extraño á las fábulas y á la supersticion; y cerca de cada hombre, un «*espíritu familiar*» velaba para advertirle de las faltas y dictar su conducta. Pero Sócrates pedía sus inspiraciones principalmente á la razon, que juzga sanamente, y no se rinde sino ante la evidencia y á la fuerza del alma. Había comprendido que todo debía hacerse por la educacion: se dedicó á ella y se dirigió á la juventud. «El cielo me había dado la mision de ella,» decía (1), y todos los jóvenes de Atenas se reunieron en derredor de él.

Este, hijo de un alfarero, de espaciosa frente, innoble de cuerpo, que parecía un sileno, les encantaba por su elocuencia, les retenía á su lado por su amistad, les alentaba con sus exhortaciones, y á fuerza de prevenciones y de dulces instrucciones, les corregía de sus vicios y les enseñaba á no devolver mal por mal, y á ser virtuosos sin afectar parecerlo. Pero se levantaba, sobre todo, contra las pasiones y los deleites, y le parecía la más grande de las imposturas pretender gobernar los hombres sin tener capacidad.

No se necesitó más para que se dirigiese contra él toda la multitud de libertinos de Atenas, toda la turba de sofistas y de oradores, que querían regir á los ciudadanos y gobernar el Estado. En esta ciudad, en donde el genio era un título de proscripcion, Sócrates fué ridiculizado en el teatro, despues acusado de impiedad ante el tribunal de los Heliastos; y este hombre, «*que no había nunca cometido la menor injusticia,*» á quien la Pitonisa había proclamado el «*más sábio de los hombres,*» fué condenado á muerte. Había hecho sonrojarse á sus acusadores y declarado que no estaba irritado contra sus jueces. Sócrates podía defenderse, pero su genio familiar se lo impidió. Hubiera podido huir, y no quiso; y en medio de sus discípulos, arrasados en lágrimas, bebió la cicuta, conversando con ellos sobre la inmortalidad del alma.

(1) Platon, *Apol. de Sócrates*; Barthelemy, *Viaje del joven Anacarsis*; Cousin, *op. cit.*

MUERTE DE SÓCRATES







Del mismo modo que Lao-Tseu y Pitágoras, Sócrates murió perseguido, y su influencia fué despreciada. Víctima aislada de su amor por el bien, habiendo, por otra parte, pagado su tributo á los errores y á las debilidades de la naturaleza viciada (1), no encontró almas que respondiesen á la suya, y entre sus numerosos discípulos ninguno siguió el camino que él había trazado. Platon solamente, el divino Platon, reprodujo con alguna fidelidad una parte de su doctrina.

Pero Platon había querido ir á buscar á Egipto nuevos conocimientos. Este grande hombre, que descendía de Codro y de Solon, que, vendido por las órdenes de Dionisio el Tirano, no tenía «tiempo para ocuparse en él,» este hombre, á quien toda la Grecia aplaudía en Olimpia, se sentía aguijoneado por el deseo de saber y de instruir. Las falsas luces de Menfis le extraviaron, y sin embargo, anunció un Dios único, inmutable é infinito, que existía en las profundidades de la eternidad antes que hubiese creado el universo. Pero creyó también que su tipo inmutable y un modelo perfecto, «la idea,» era coexistente con la divinidad. «Este gran Dios, decía, creó un alma que revistió con la tierra y que puso todo en movimiento, é hizo el tiempo, imagen móvil de la inmutable eternidad; descansó sobre los genios inferiores, á los cuales confió el cuidado de la creación. La Grecia se admiró al escuchar esta voz, que anunciaba «á Dios, al Hijo de Dios y al Espíritu,» trinidad misteriosa, cuyo mal definido pensamiento supo elevar, sin embargo, el jefe de la Academia hasta «el amor de Dios (2), hasta las más sublimes concepciones, casi hasta proféticos acentos, cuando muestra el espectáculo del justo que, «infamado por todos, es azotado y puesto en cruz!»

Sócrates, en su celo por la humanidad, exclamaba: «Yo soy ciudadano del universo.» Su discípulo Aristipo decía, por el contrario: «Yo soy extranjero en todas partes.» La palabra ca-

(1) Sus costumbres no eran, según se dice, conformes á su moral.

(2) Véase el *Viaje del joven Anacarsis*. Aristóteles se mofa de Platon, «como si se pudiera amar á Júpiter!» dice.

racteriza los dos sistemas. Huir de toda emoción de pesar, gozar de una perfecta calma, vivir en una dulce indolencia, el egoísmo sistemático, en fin, fué su filosofía, y se perpetuó en la escuela de Cirene.

Platon, y sobre todo Aristipo, habían enseñado á los discípulos de Sócrates á apropiarse su doctrina, á trasformarla según sus ideas, en una palabra, á «formar sectas.» La Academia y Cirene dieron la señal á otras muchas escuelas. Pirron erigió en principio la duda absoluta, dudando aun si él dudaba, y adormeciéndose en este falso quietismo. Se vió á uno de sus sectarios abstenerse de hablar, por desconfianza de toda certidumbre.

Discípulo de Sócrates como Pirron, Antístenes hizo consistir la virtud en el desprecio de las riquezas y de la voluptuosidad; con un báculo en la mano, una alforja al hombro, se puso á afectar la más indiferente pobreza. Pero se distinguía la vanidad á través de los agujeros de su capa. Su tosca austeridad disgustó á sus discípulos, exceptuando á Diógenes, otro mendigo desvergonzado y orgulloso, á quien todos llamaban perro, y que rodaba un tonel, su única habitación, por las calles y encrucijadas de Atenas, y por toda gracia pedía únicamente al rey de Macedonia el «retirarse un poco de su sol.» Como decía Platon, «este era Sócrates delirante.»

Hasta aquí la tendencia moralista de Sócrates había sido la base de todos estos sistemas; se volvió al estudio de la naturaleza, y apareció *Aristóteles*.

Este hombre descarnado y escuálido, que tartamudeaba hablando, y cuyos pequeños ojos lanzaban relámpagos, á quien Filipo de Macedonia escribía diciéndole que se consideraba «dichoso, no tanto por haber tenido un hijo, como por haberle tenido en su tiempo» y poder hacerle discípulo suyo, fué uno de los vastos ingenios que ha contado la antigüedad. Abrazando en sus estudios el inmenso círculo de los conocimientos humanos, se elevó á grandes penetraciones políticas y á sublimes concepciones intelectuales. Pero toda la energía de su espíritu no alcanzó más que á proclamar la eternidad de la materia y del mundo coexistente con un motor inteligente, imaterial,



eterno; á admitir la casualidad y el destino como causas eficientes; y después de largos rodeos y tergiversaciones, á no reconocer únicamente más que la fuerza de la naturaleza material, obrando bajo la ley de la necesidad ó un ciego destino. Este genio observador se había perdido en la contemplación de las obras de la creación.

Al lado del sábio filósofo de Estagira iban á colocarse dos hombres cuya doctrina debía dividirse entre los más esclarecidos ingenios de la antigüedad, *Zenon* y *Epicuro*.

No faltaba á Zenon de Citium más que la afirmación, y sus discípulos del Pórtico tenían casi horror á la vacilación. Con una imperturbable intrepidez aseguraban la sabiduría del mundo, este «gran animal esférico que nada en la vida,» la existencia de este Dios material, alma del mundo, «éter fluido,» que organiza y anima todo, y las sucesivas conflagraciones de nuestro universo. Por otra parte, esta rigidez y este absolutismo de doctrina, le mezclaban en todos los actos de la vida. Zenon sufriendo los más crueles tormentos exclamaba: «Dolor, no eres más que una palabra;» del mismo modo que Bruto en Filipos se suicidará diciendo: «Virtud, no eres más que una palabra.» Hé aquí los dos extremos del «estoicismo,» filosofía predilecta de la antigüedad.

Epicuro gozó quizá de más estimación todavía que el Pórtico. Un mundo compuesto por agregación de átomos imperceptibles é inteligentes, que en su perpétua movilidad una fortuita desviación hizo unir, vive al acaso, sin dirección, sin poder motor; tal es también la idea de Kanada en las Indias. A fuerza de buscar, apenas se encuentran en el sistema del filósofo algunos dioses relegados al olvido en un rincón del universo séres de forma humana, viviendo en una dichosa ociosidad y en una beatífica indiferencia, por las cosas de aquí abajo. La felicidad para Epicuro es el «placer,» el placer del espíritu y de los sentidos, el regocijo exterior, el delite en fin.

El mismo, sin duda, no esperaba por esto la satisfacción á toda costa de todos los deseos y de todas las pasiones, pero abría la barrera. El mundo antiguo fué lógico; colocó el principio en sus últimas consecuencias, y la antigü-

dad se ruborizó ante la «piara de Epicuro.»

Por una singular coincidencia, la India veía entonces que la doctrina de los átomos en su rígido ateísmo, llegaba á ser la filosofía de una nueva secta, la de los djainas. Todo conducía al materialismo, tanto en Oriente como en Occidente; los tcharwakas y los lokaiatykas, desvergonzados *gimnosofistas*, corriendo desnudos por las ciudades y arrancándose los cabellos en los accesos de su insensata mortificación, aceptaban la creencia de esta doctrina.

Ateísmo y locura eran, pues, en definitiva los escollos adonde iba á estrellarse entonces la razón humana. Porque es necesario reconocerlo; Zenon y Epicuro constituían en cierto sentido la *última razón* del mundo antiguo; fatalismo y sensualismo, hé aquí las dos grandes consecuencias de la filosofía, y debía ser así. La negación de la Divinidad, la creencia en la eternidad de la materia y en el destino inflexible, amenazaban de un modo inevitable. Era necesario darse prisa á gozar los cortos momentos que la suerte le concedía como á su pesar. El Occidente en masa, según la expresión de Empedocles, «corría en pos del placer como si hubiera de morir al siguiente día.»

Hé aquí, sin embargo, el fruto de tantos estudios y de tantos trabajos: contradicción y cansancio; siempre el error y frecuentemente la deshonra. En las clases elevadas, ateísmo sistemático, deleites justificados, sensualismo por cálculo; en las masas, superstición, fe ciega en el fatal destino, desarreglo brutal en las costumbres. Tal era el Occidente.

En Oriente algunos destellos de la verdad se renuevan y extienden entre las clases superiores; pero luego desaparece todo en medio de las convulsiones políticas, por la mala voluntad de los hombres y por la conquista. ¿Y qué diremos del pueblo? ¿Qué podría hacer la trémula población asiática sino encorvar la cabeza y adorar á sus conquistadores, ya fueran estos Khosron (Ciro) el «afortunado» ó Alejandro Magno? Pero la esperanza en «el que debía venir» reanimaba su abatido espíritu, y el mundo se mantenía con el recuerdo de un porvenir de ciencia, de virtud y de constante bienestar.